

La gestación del concepto *humanismo* en la primera década del siglo XX en México

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA
DE INVESTIGACIÓN
ISSN 2683-2917
Vol. 2, núm. 3,
julio-octubre 2021
<https://doi.org/10.22201/figuras.2021.2.3>



Esta obra está bajo una Licencia
Creative Commons Atribución-
NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional.

Recibido:

5 de abril de 2021

Revisado:

19 de abril de 2021

Aceptado:

17 de mayo de 2021

<https://doi.org/10.22201/figuras.2021.2.3.161>

The Gestation of the Concept of Humanism in the First Decade of the 20th Century in Mexico

 Ernesto Priani-Saisó

Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Filosofía y Letras

Resumen: El concepto *humanismo*, en su acepción contemporánea, aparece por primera vez en los círculos intelectuales mexicanos en el discurso pronunciado por Pedro Henríquez Ureña para el inicio de clases del año 1914, de la Escuela de Altos Estudios. A partir de ese hecho, el artículo busca explorar en qué condiciones se da su emergencia, a partir de comprender qué es lo que hay ahí, en 1900, en el lugar del humanismo. ¿Es un vacío? ¿Es algo designado con otro nombre y después llamado *humanismo*? Para ello se revisa la correspondencia entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, los discursos alrededor del proceso de creación de la Universidad Nacional, para mostrar cómo, ante el cambio de régimen político por la caída del porfiriato, el proyecto universitario no alcanza a definir la naturaleza del universitario, un vacío que ocupará el humanismo de Henríquez Ureña formado a partir de la tradición germánica y anglosajona.

Palabras Clave: Humanismo, Universidad, México.

Imagen superior: *Hombre de Vitruvio* (detalle) por Leonardo da Vinci, pluma y tinta sobre papel, 34.4 × 25.5 cm, 1492. Galería de la Academia de Venecia, Italia. Fuente: Wikimedia.

Abstract: As it is conceived nowadays, the concept of humanism appears for the first time in Mexican intellectual circles in the speech delivered by Pedro Henríquez Ureña at the beginning of classes in 1914, at Escuela de Altos Estudios. Proceeding from this fact, the article seeks to explore under what conditions its emergence takes place, from understanding what is there, in 1900, in the place of humanism. Is it a void? Is it something designated by another name and then called 'humanism'? To this end, the correspondence between Alfonso Reyes and Pedro Henríquez Ureña is reviewed, as well as the discourses surrounding the process of creation of the Universidad Nacional, to show how, in the face of political regime change due to the fall of the Porfiriato, the university project fails to define the nature of the university student, a void that Henríquez Ureña's humanism, formed from the Germanic and Anglo-Saxon tradition, will occupy.

Keywords: Humanism, University, Mexico.

Introducción

En el año de 1900 nadie utilizaba aún la palabra *humanismo* en México en el sentido moral y cívico que será dominante en el siglo xx.¹ No obstante, en poco tiempo el término acabará por ocupar un lugar central en la discusión intelectual, política y pedagógica en el país, que se prolonga hasta nuestros días.

Su ausencia del vocabulario intelectual y político es un punto de partida que sirve para rastrear el momento de su aparición en los años posteriores a esa fecha. Su falta, sin embargo, supone también una serie de problemas teóricos para comprender el significado de su emergencia: ¿qué es lo que hay ahí, en 1900, en el lugar del humanismo? ¿Es un vacío? ¿Es algo designado con otro nombre y después llamado *humanismo*? Formulado de otro modo, *humanismo* ¿es un término que cambia una denominación?, ¿es una mera sustitución terminológica? O, por el contrario, ¿implica la aparición de algo más que una palabra, la de un nuevo

¹ Los términos humanista y humanidades han circulado en todas las lenguas desde el Renacimiento. Sin embargo, el término humanista que en el Renacimiento tenía una connotación negativa de intelectual pedante, cobró un nuevo sentido en Alemania alrededor de la primera década del siglo XIX, cuando aparece como un modelo pedagógico en la Disputa entre filantropismo y humanismo en la educación de nuestro tiempo de Friedrich Immanuel Niethammer (1808) con un sentido moral, ligado al civismo y la civilidad, ideas que Humboldt comparte y a partir de las cuales fue fundada la universidad de Berlín en 1810 (Davies 2008, 11).

campo semántico, pero sobre todo lo que éste designa: sujetos, instituciones, metodologías y procedimientos nuevos?

Hay que tomar en cuenta que para 1900 el uso del término *humanismo* en su sentido moral está ya documentado en francés e inglés, idiomas donde ha ido apareciendo entre 1790 y 1870 (Universidad de Chicago 1957; Kay *et al.* 2021). Para el cambio de siglo lleva, de hecho, algunas décadas circulando en castellano (Real Academia Española 1995) y hay testimonios de grupos eruditos españoles que lo usan al menos desde 1880 (Di Camillo 1995, 357). El que después del cambio de siglo comience a utilizarse en México no es, por eso, una emergencia lingüística sino territorial. Si no se usa en México antes no es porque la palabra no exista, sino porque no se aplica todavía para denominar algo específico en el país.

¿Cómo se produce esa denominación? Es decir, ¿qué ha de ocurrir para que la palabra sea utilizada en México? ¿Una traducción, un traslado producto de la influencia o del dominio ejercido por alguna de las metrópolis –Londres, París, Madrid– hacia la cultura mexicana? ¿Un encuentro donde ciertas condiciones existentes en el país son expresadas con un término que migra desde otra parte?

Para responder estas preguntas exploraremos la posible gestación del término antes de su uso en 1914, en el discurso inaugural de los cursos de la Escuela Nacional de Altos Estudios de Pedro Henríquez Ureña, el significado que le es dado en ese discurso, los discursos alrededor de la universidad que precedieron a ese momento y su discusión en otros textos del propio Henríquez Ureña.

La gestación

Los primeros testimonios de conceptos asociados al humanismo en un sentido moral y cívico los encontramos en México en el ámbito de la correspondencia privada. Es decir, antes de que el término llegue a la esfera pública, se está gestando en la conversación particular entre dos jóvenes intelectuales que serán muy influyentes en el movimiento cultural de las primeras décadas del siglo: Pedro Henríquez Ureña, que rondaba los 24 años y había hecho estudios en Estados Unidos, y Alfonso Reyes, que a sus 19 años aún está por emprender sus estudios. De hecho, las primeras ideas sobre el humanismo aparecen en el contexto de la correspondencia cruzada entre ambos a propósito de la intención del padre de Alfonso Reyes de enviarlo a estudiar a Nueva York. En una carta del 16 de enero de 1908, en la que Henríquez Ureña le hace recomendaciones prácticas de todo tipo para el proyecto (desde el costo de la vida hasta cómo y cuánto tiempo dedicar a estudiar y hablar inglés), concluye antes de pasar a abordar otros temas:

Último detalle: ¿qué tiempo te conceden para esos estudios? Porque si logras al fin estudiar cinco años “humanidades”, creo que mejor sería, después de un año en Estados Unidos, de conocer el espíritu de este pueblo y de prepararte en tales estudios, ir los otros cuatro años a Europa. ¡Imagínate! ¡Oxford! ¡Cambridge! (Reyes y Henríquez Ureña 1986, 54)

No puede uno dejar de notar las comillas puestas en humanidades. Es difícil saber con exactitud cuál es la razón. Pero permite advertir algo. El uso del término no se ajusta necesariamente al objeto designado por él. De hecho, Alfonso Reyes, en la carta motivo de esta respuesta, señala que el proyecto del viaje viene de su padre, pero no especifica cuáles estudios haría ni cuáles son sus intereses. ¿Es una sugerencia de Henríquez Ureña el estudiar humanidades? ¿Es Henríquez Ureña quien interpreta así cuáles estudios debería hacer Reyes? A falta de respuesta, señalemos solamente el aspecto geográfico que acompaña el estudio de las “humanidades”: universidades de habla inglesa: Columbia, Oxford y Cambridge.

Una segunda mención a las humanidades dentro de la correspondencia ocurre un mes después, el 3 de febrero de 1908, y en relación siempre con el posible viaje de estudios de Reyes a Nueva York, del que ahora el padre de Reyes duda por cuestiones económicas, pero en el que el propio Henríquez Ureña cree y por eso sentencia:

Acabaré: hasta por la parte práctica, los estudios de humanidades te servirán aquí, pues dentro de cinco años tendrá que haberse fundado la universidad, cuyos profesores se pagarán decentemente (porque si no no los tendrán: fíjate que para entonces se habrán muerto todos los viejos que saben griego y latín, y habrá que traerlos de Alemania): a fin de cuentas, si no la fundan, la fundamos. (Reyes y Henríquez Ureña 1986, 80-81)

Las comillas han desaparecido. El estudio de las humanidades aparece ahora vinculado con la fundación de la universidad y ésta, a su vez, como un proyecto en marcha.² Se asocian además con el estudio del griego y del latín, y a éste con Alemania. La geografía dentro de la que las humanidades son mencionadas avanza de Estados Unidos a Inglaterra, y de ahí a Alemania. Significativamente, el valor de estudiar humanidades está proyectado hacia el futuro y su objetivo práctico aparece en ese

² El proyecto de Justo Sierra de fundar la Universidad Nacional data de 1881, pero es durante la primera década del siglo xx y en vista del centenario de la independencia, que el proyecto fue recibiendo el respaldo político necesario para realizarse (Cf. Alvarado 2011, 90 y ss.).

momento como un vacío en México porque el ambiente universitario y cultural está aún dominado por el positivismo. Según escribe Carlos Monsiváis (1988, 1392) para los miembros del Ateneo de la Juventud, del que formaban parte Reyes y Henríquez Ureña, el positivismo “no sólo ha liquidado el cultivo de las humanidades, también les ha quitado sitio y sentido”. De este modo, si las humanidades significan algo, eso está, o bien fuera de México, o más adelante en el tiempo. Nunca en el presente.

El viaje de estudios no se realiza y las humanidades o cualquier otro término asociado con el humanismo no vuelve a ser utilizado en la correspondencia hasta el 25 de marzo de 1914. Han pasado seis años y un evento cambia completamente las circunstancias en donde se vuelve a hablar de ellas: la universidad ha sido fundada en 1910. Y es precisamente en relación con el discurso dado para la apertura de los cursos en ella, que más adelante recibirá el título “La cultura de las humanidades”, que Henríquez Ureña utiliza nuevamente el término humanidades en su correspondencia privada con Reyes:

Ayer, lunes, se abrieron las clases de Altos Estudios, con presidencia de Nemesio. No hubo mucho público. Dije el discurso, cuyo tema fue: breve exposición de la historia de la Escuela; decir que el espíritu de la Sección de Letras es el mismo de nuestro grupo, haciendo historia de éste con lectura del *Banquete* de Platón y todo; hice luego una síntesis de lo que es Grecia comparada con los orientales: es el pueblo que trae al mundo la inquietud, el progreso, que inventa la discusión y la crítica, la historia y la utopía, porque quiere saberlo todo para alcanzar la perfección; *por fin una historia de las humanidades, sobre todo de la reconstitución crítica de la antigüedad por Alemania a partir de Winkelmann y Lessing, a base de Sandys* (sandio escritor con datos). Gustó mucho. Caso quiere que se imprima en folleto. También deberá salir en folleto *La universidad* (tesis que fue) y acaso Hernando Pérez de Oliva, sobretiro de *Nosotros*. (Reyes y Henríquez Ureña 1986, 293-294)

La fundación de la Universidad modifica de manera radical el modo de hablar de las humanidades. En primer lugar, se esboza su objeto: la Antigüedad clásica, su lengua, su cultura. Pero también las razones por las que éste se articula como tal: Grecia “produce la inquietud, el progreso, la discusión y la crítica, la historia y la utopía”. El énfasis, sin embargo, está puesto no sólo en la Antigüedad, sino en la historia de su formación como objeto, de modo que el objeto de las humanidades está constituido también por la historia de su construcción, en particular por la llevada a cabo por Winkelmann y Lessing, quienes, dentro del programa del Neoclasicismo, aceptaban que, en analogía con la estructura de la encarnación y la escatología cristiana, aceptaban “que un hecho histórico, la encarnación de la belleza ideal en los griegos, puede derivar necesario, devenir norma atemporal en el arte” (Lucas Saorín 1998)

y, en particular, la lengua y la cultura griega, a partir de los datos aportados por Sandy en su monumental *A History of Classical Scholarship*.

Estos escasos testimonios iniciales permiten hasta ahora esbozar una cierta estructura para pensar el humanismo que subyace en las ideas de Henríquez Ureña. La formulación de un objeto de estudio: la Antigüedad clásica y sus lenguas. La definición de una metodología a través de la cual se forma ese objeto: la filología tanto de origen inglés como alemán. Pero los textos también permiten identificar un sujeto, “la nueva generación de escritores” y un entorno institucional en que ese sujeto hace sus estudios: la Universidad Nacional.

Estos dos últimos, el sujeto y el entorno institucional con el que se relaciona el humanismo, no existían tampoco antes de 1900. En su lugar, como sabemos ya, había más bien una aspiración.

Del combate a la universidad a su refundación

A lo largo del último cuarto del siglo XIX, en México se desarrolló una intensa discusión alrededor de la idea de universidad. El debate posee una peculiaridad. La universidad no era una institución existente, pero lo había sido, al menos hasta 1856. De modo que era invocada como una alternativa al sistema educativo vigente, formado por escuelas superiores dependientes tanto institucional como pedagógicamente del Estado, pero no como una vuelta al pasado. Es decir, no como una restitución de la universidad previamente existente. La idea de universidad en el último cuarto del siglo XIX quería ser una universidad sin historia y eso determina que, cuando se materialice, carezca de un modelo propiamente dicho. Las razones son simples.

Desde el primer gobierno liberal, 1833-34, el cierre de la Universidad es asumido como un acto radical de proscripción de lo universitario, no obstante que sus efectos recayeran sólo sobre la Universidad Pontificia, única bajo control federal, y no sobre las otras instituciones universitarias en el país (Sánchez Santiró 2008). Los argumentos contra lo universitario se estructuran desde un principio como una crítica a los modos de producción del saber en la universidad: su carácter monopolístico y corporativo en manos del clero.

El punto sexto del programa del gobierno liberal de 1833 contemplaba “la mejora del estado moral de las clases populares por la disolución del monopolio del clero en la educación” (Mora 1887, 177). Por su estructura, los monopolios “no permiten adelantos” de modo que su existencia constituye un factor de inmovilidad y, por ende, de retraso. La Universidad, además, era una corporación y como tal, concentraba

privilegios tanto materiales como jurídicos para sus miembros, cuya eliminación era el primer objetivo del proyecto de gobierno liberal (Mora 1887, 208). Así, la supresión de la universidad se presentaba al gobierno liberal no como la eliminación de una institución en concreto, sino como la demolición de una estructura institucional y de producción del saber incompatible con los fines perseguidos por el nuevo Estado.

En el plano epistemológico, se trataba de erradicar lo que llamaban “charlatanismo”, un tipo de saber cuya naturaleza es descrita como enunciativa y no práctica, unas veces, y como teórica y metafísica, otras (Mora 1887, 200); pero que en todo caso, es resultado de aquellos, “acostumbrados a hablar de mejoras sólo para lucir lo que se llama talento, [pero] jamás se ocupan de ejecutarlas, porque las tienen por ideales e imposibles, y se atienen a la rutina, que es lo que bien o mal les ha servido de regla práctica de conducta” (Mora 1887, 201).

El cuestionamiento al régimen universitario es tan amplio y radical que se llega al punto en que se debate si la palabra “universidad” ha de ser conservada. Lo más sorprendente del conocido dictamen sobre la Universidad que elabora el comité encargado por el gobierno de evaluar los establecimientos educativos, es precisamente eso: la conclusión de que es imposible preservar incluso el nombre.

La universidad se declaró inútil, irreformable y perniciosa: *inútil* porque en ella nada se enseñaba, nada se aprendía; porque los exámenes para los grados menores eran de pura *forma*, y los de grados mayores muy costosos y difíciles, capaces de matar a un hombre y no de calificarlo; *irreformable* porque toda reforma supone las bases del antiguo establecimiento, y siendo las de la Universidad inútiles e inconducentes a su objeto, era indispensable hacerlas desaparecer sustituyéndoles otras, supuesto lo cual no se trataba ya de mantener sino el nombre de *Universidad*, lo que tampoco podía hacerse porque representando esta palabra en su acepción recibida, el conjunto de estatutos de esta antigua institución, serviría de antecedente para reclamarlos en detalle, y uno a uno como vigentes: la Universidad fue también considerada *perniciosa* porque daría como da lugar a la pérdida de tiempo, y a la disipación de los estudiantes de los colegios que so pretexto de hacer sus cursos, se hallan la mayor parte del día fuera de estos establecimientos únicos en que se enseña y aprende: se concluyó pues que *era necesario suprimir la universidad*. (Mora 1887, 198)

La comisión promueve, pues, la erradicación de las formas jurídicas, las prácticas institucionales y de organización, así como las denominaciones de la vida universitaria, para dar paso a un sistema de instrucción radicalmente distinto, fundado en un orden cultural, político y económico completamente nuevo.

A pesar de que la universidad no desaparecerá de manera definitiva sino hasta 1865, desde 1834 es prácticamente un fantasma. En el plano jurídico e institucional ha perdido toda solidez y ha dejado de tener vida efectiva. Pero a lo largo el segundo cuarto del siglo XIX la universidad pasará a ser un símbolo dentro de la lucha simbólica por el poder entre liberales y conservadores (Alvarado 2009, 63).

La idea de una Universidad Nacional

Si se ha subrayado antes el carácter anti universitario en que se funda el nuevo régimen educativo ha sido para mostrar cómo la universidad conserva, dentro de él, un lugar como antagonista. Desde ese lugar hablarán, sobre todo a partir de 1865 quienes, dentro del nuevo régimen, no están de acuerdo con las prácticas del modelo educativo adoptado.

En 1875 una rebelión estudiantil –que comienza con la defensa de unos estudiantes expulsados– termina agrupada alrededor del lema “Universidad libre” (Alvarado 2009, 92 y ss.). La consigna no revela tanto un programa como la enunciación de un lugar. Expresa dónde se han colocado los estudiantes frente al modelo educativo existente. Lo hacen además utilizando el adjetivo “libre” como estrategia para resignificar la Universidad, desmarcarla de la Universidad Real y Pontificia, por un lado, y del sistema vigente, por otro. El movimiento estudiantil recurre, pues, al espacio universitario para proponerlo como modelo de libertad educativa, cambiando así los términos en los cuales había sido planteado el antagonismo de la universidad con la educación liberal positivista en un principio.

La oposición es, ahora, entre una universidad que emancipa y una educación que somete; una que conduce a la autonomía, otra que hace dependiente de una ideología; una desligada del Estado, otra imbricada con él.

Será en ese mismo lugar desde donde se propondrá, apenas un lustro después, la creación de una Universidad Nacional en 1881. Esta vez no se trata de una revuelta, sino de la formulación de un proyecto que no surge de un espacio exterior al régimen educativo vigente, sino de él mismo.

En el proyecto de 1881 formulado por Justo Sierra, quien como periodista había seguido la revuelta estudiantil (Alvarado 2011, 92), la universidad es presentada como parte de una evolución social, institucional y humana. Es una institución necesaria dentro del sistema educativo para la generación de un nuevo sujeto: el sabio, que se distingue del funcionario de gobierno, del profesionista y del ciudadano por una relación específica con el saber.

El sabio es aquí una figura emergente dentro del Sistema Educativo Liberal formado por escuelas profesionales “cuyos alumnos tienen por objeto obtener un título y a quienes basta un mínimo de conocimientos especiales, para estar instruidos en ciertas partes de la ciencia, de inmediata, fácil y lucrativa aplicación” (Sierra 1984, 73). El sabio requiere, en cambio, un “territorio elevado y libre en donde pudiera cultivarse la ciencia por la ciencia, en donde algunos escogidos pudieran ser iniciados en las lucubraciones más altas y menos accesibles, en donde los cursos se hicieran no con el objeto de preparar alumnos para los exámenes, sino de revelar a hombres de estudio y de buscar para ellos y con ellos los secretos del saber humano...” (Sierra 1984, 73).

Estas condiciones específicas que requiere el sabio fundamentan la necesidad de la “creación” de la universidad porque se piensa en la construcción de una institución nueva, carente de antecedentes, para la formación de un sujeto inexistente en ese momento, del que tampoco existen antecedentes.

Como antes con el caso de “libre”, el adjetivo “nacional” será utilizado por Justo Sierra para darle un nuevo significado a la universidad, pues con ello la ubica al menos en tres órdenes distintos: uno territorial –se formula como la universidad para todo el país–, otro administrativo-político por el que se le da una cierta relación con el Estado y, finalmente, en el orden cultural como el espacio en el que se institucionalizará la identidad cultural del país.



Universidad Nacional de México, 1910. Fotomecánico del acervo de la Biblioteca de las Revoluciones de México, del INEHRM.

El lugar

El 22 de septiembre de 1910, en el marco de la celebración del centenario de la revolución de independencia, es inaugurada la Universidad Nacional. El acto crea, formalmente, el lugar de la universidad dentro del Sistema Educativo Nacional.

El paso dado es explicado en su momento como la aparición de un ente completamente nuevo. “¿Tenemos una historia?” se pregunta Sierra en el acto inaugural. “No. La Universidad mexicana que nace hoy no tiene árbol genealógico” (Sierra 2004, 118).

Y lo que corresponde a esta Universidad nueva es formar un nuevo hombre. Un hombre que no había sido concebido aún en el proyecto de 1885 porque ahora está definido de esta forma:

El nuevo hombre que la consagración a la ciencia forme en el joven neófito que tiene en las venas la savia de su tierra y la sangre de su pueblo, no puede olvidar a quién se debe y a qué pertenece; el *sursum corda* que brote de sus labios al pie del altar debe dirigirse a los que con él han amado, a los que con él han sufrido; que ante ellos eleve, como una promesa de libertad y redención la hostia inmaculada de la verdad. Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atenea sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo, dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atenea *promakos*, a la ciencia que defiende a la Patria. (Sierra 2004, 130)

¿Quién es con exactitud este nuevo hombre? ¿Qué características tiene además de ser un intelectual de élite que no olvida su misión de asistir pedagógica y científicamente a la Patria? ¿Es alguien cuyo saber es necesariamente útil para las luchas que emprenda la Nación entera?

Su perfil es descrito con elocuencia, exaltado de una manera enfática porque será el resultado del mayor esfuerzo del país. Pero en realidad, se trata sólo de un espacio señalado, de una posición que tan sólo ha sido indicada, por razones que son obvias: no hay aún ese alguien. Nadie está realmente ahí. La universidad no lo ha formado y por lo mismo no ha aparecido.

Esto es lo más sorprendente de este prodigioso esfuerzo de construir una Universidad sin antecedentes y en tensión con el sistema educativo vigente: concluye en el vacío. No sólo porque su meta es formar lo que no existe aún, lo que no tiene raíces,

lo que está por venir; sino porque, establecida en las postrimerías de un régimen político que se desmoronaría apenas unos días después de la fundación de la universidad, su primera existencia será más bien precaria.

El humanista llega a la Universidad

El 24 de marzo de 1914 Pedro Henríquez Ureña pronuncia su discurso inaugural de los cursos de la Escuela de Altos Estudios. Según le relata a Reyes, el acto es más bien modesto pero ocupa la ocasión para hacer un posicionamiento público sobre la Universidad, delineando algunas definiciones y estrategias intelectuales que serán las que coloquen al humanismo y al humanista, en ese espacio de la universidad.

El punto de partida del discurso es un diagnóstico negativo sobre los primeros años de la vida universitaria. Según expresa Pedro Henríquez Ureña, las sociedades de la América española no tienen energía para entregarlas a la alta cultura desinteresada. Por eso era necesario que la Universidad definiera las funciones y los resultados que debería alcanzar para mostrar, como Justo Sierra había señalado, que cumpliría una función específica, pedagógica, en la vida del país. Pero

la Escuela de Altos Estudios no reveló al público, desde un principio, los fines que iba a llenar. No presentó planes de enseñanza; no organizó carreras. Sólo actuaron en ella tres profesores extranjeros, dos de ellos ... ilustres en ciencias contemporánea, benemérito el otro... Sobrevino a poco la caída del “antiguo régimen”, y la Escuela, desdeñada por los gobiernos, huérfana de programa definido, comenzó a vivir vida azarosa... en torno a ella se formaron leyendas: las enseñanzas eran abstrusas; la concurrencia mínima; las retribuciones, fabulosas; no se hablaba en castellano, sino en inglés, en latín, en hebreo... (Henríquez Ureña 1984a, 249-250)

La Escuela es más que nada un nombre, una intención, una serie de principios aislados, formulados apenas. Pero para Henríquez Ureña, a partir del último año, la Subdirección de Estudios Literarios y la de Ciencias Matemáticas y Físicas ha comenzado ya ha cumplir esa función (Henríquez Ureña 1984a, 251).

No es en vano que señale que la Sección de Estudios Literarios es “la única que ha completado su primer año” pues aprovecha la ocasión para enlazarla con la Sociedad de Conferencias de la Escuela Nacional Preparatoria a la que pertenecieron él, Alfonso Reyes, Antonio Caso y José Vasconcelos, y en la que se impartieron conferencias sobre muchos y de la que más tarde en 1909 nacería el Ateneo de la Juventud.

Unir la historia de la Sección de Estudios Literarios con las reuniones promovidas por la sociedad de conferencias en los años 1906 y 1907 tiene muchas aristas. En primer lugar, hace a la sociedad de conferencias del Ateneo –a las que no concurrían sino un puñado de personas– el origen de la Sección de Estudios Literarios, pero, por extensión, de la Escuela de Altos Estudios y, por tanto, de la naciente Universidad. En proporción inversa, dota de un sentido a la formación de la Sección y de la Escuela, porque la hace ser resultado de unas “aspiraciones filosóficas y humanísticas” que en 1907 movían a esos jóvenes a reunirse para leer el *Banquete* de Platón.

El posicionamiento público sirve, pues, tanto para ocupar el lugar vacío de la Escuela de Altos Estudios, como para dotar de sentido las reuniones de una década atrás. A pesar de que la Sociedad de conferencias tuvo una existencia efímera y discontinua, al mirar hacia atrás esto es lo que ve: “No llegaron a darse las conferencias sobre Grecia; pero con esas lecturas renació el espíritu de las humanidades clásicas en México” (Henríquez Ureña 1984a, 253). La intención, pues, fue suficiente para producir ese renacimiento.

Pero ¿cuál es ese espíritu de las humanidades? ¿Cuál es el cuerpo de ese humanismo que forma la Sección de Estudios Literarios?

Aquí las humanidades vuelven a estar enmarcadas, en primer lugar, por una geografía. Es, por supuesto, Grecia y Roma. También es Inglaterra y Alemania, a las que ahora se suman Italia y Francia y, quizá por primera vez, las “antiguas letras castellanas”. Galindo Ulloa (2018, 40) ha querido ver en esta mención la influencia de Marcelino Méndez Pelayo en el humanismo de Henríquez Ureña, pero es más bien una adición a un proyecto que ahora busca llevar el modelo de la cultura antigua al espacio territorial de la “América española” en un movimiento que conecta el humanismo con el americanismo. Sobre todo, porque el espíritu de las humanidades es definido ahora como una forma de acción moral:

Las humanidades, viejo timbre de honor en México, han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera. Porque ellas son más, mucho más, que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo: son la musa portadora de dones y de ventura interior, «fors clavigera» para los secretos de la perfección humana (Henríquez Ureña 1984a, 253).

Las humanidades son la *fors clavigera*, frase con la que John Ruskin significa las tres fuerzas (fuerza, fortaleza y fortuna) sobre las cuales los hombres, como las naciones deben fundar su destino (1872, 19 y ss.). Las humanidades son el pilar sobre el cual el hombre ha de construir su perfección. Son, pues, formadoras de hombres,

educadoras, portadoras de aquello que los hombres necesitan para florecer en este territorio que es México, pero también la América.

Con esta misión moral, las humanidades dotan a la Escuela de Altos Estudios de una finalidad y una orientación que ésta no había establecido previamente para sí. El movimiento de localización de la Sección de literatura en espacio vacío de la Universidad vuelve este espíritu moralizador de las humanidades en el eje de todo fin de la Universidad y resuelve, de un modo por demás interesante, la dificultad de vincular unos estudios *desinteresados* con finalidades y metas sociales específicas.

El primer humanismo va a establecer así una relación muy particular entre “estudio desinteresado” y la realización de una compleja empresa moral, que sólo dos años después, en 1916, Antonio Caso sintetizará en *La existencia como economía y como caridad* con el siguiente argumento: la existencia es lucha y, por lo tanto, vivir es vencer. Esta fórmula expresa a plenitud el principio económico de toda la naturaleza: “El máximo de provecho con el mínimo de esfuerzo” (Caso 1916, 9). Se trata, además, del principio del egoísmo. El actuar conforme al propio interés es buscar el máximo provecho a partir del menor esfuerzo.

En la naturaleza, sin embargo, es posible dar cuenta de que los animales juegan. El juego es, en principio, producto de una sobrecarga de energía, que se ocupa, sin embargo, en imitar la lucha y prepararse para ella. Sólo que, en los mamíferos superiores como el hombre, el juego toma otra connotación.

Los animales superiores se gastan estrictamente en sí mismos, en ser animales; pero el *surplus* de energía humana hace del hombre un instrumento posible de la acción desinteresada y del heroísmo. (Caso 1916, 12)

Todo lo que es producto de la acción desinteresada está en oposición con la vida como economía. Tal es el caso del arte y de la acción moral –que se entiende sobre todo como caridad.

El saber que refleja la máxima de la vida desinteresada: sacrificio = máximo de esfuerzo × mínimo de provecho, son las humanidades y, señaladamente, la filosofía. Pensadas no sólo como oposición a la ciencia, sino como oposición a todas las labores económicas en términos sociales que reproduce el modelo de la naturaleza, las humanidades son posibles por la caridad. Son la forma de la caridad en el pensamiento. Puesto así, se entiende que los valores más altos están en proporción inversa al interés que resulta del esfuerzo aplicado. Entre menor el interés y mayor el esfuerzo, mayor el valor humano último de las cosas.

Se trata de unas ideas que Krauze (1976, 56) atribuye a la derrota política del grupo del Ateneo, pero que en realidad vienen a completar un programa cultural identificando una de las virtudes cristianas con el propósito último de entregarse al saber. Henríquez Ureña ve, pues, los estudios que se desarrollan en la Sección de Letras como desinteresados y, por ello, los de más alto valor moral de todos porque el desinterés transforma el estudio de los antiguos en un proyecto moral, que terminará por conjugar una idea cristiana y con un modelo clásico sobre los cuales modelar la conducta y mejorar a los hombres del presente.

El concepto de desinterés es por eso clave para traducir un estudio elitista, sin aplicación directa en el desarrollo de la sociedad, sin resultados tangibles o medibles, en aquel al que se le confiere el más alto valor social. Paradoja singular por la cual el que más gasta y derrocha es el que ofrece el mayor beneficio a una nación.

¿Pero cómo lo hace? En “La cultura de las humanidades” se explica por supuesto que ese beneficio se alcanza cuando las humanidades estudian al mundo clásico.

Las humanidades, cuyo fundamento necesario es el estudio de la cultura griega, no solamente son enseñanza intelectual y placer estético, sino también, como pensó Matthew Arnold, fuente de disciplina moral. Acercar a los espíritus a la cultura humanística es empresa que augura salud y paz. (Henríquez Ureña 1984a, 255)

Para una organización social cuyo centro y más alto lugar es la vida moral, el estudio del mundo clásico se presenta como un trabajo disciplinario. Un ejercicio sobre sí mismo orientado a la formación de un cierto sujeto moral –el humanista– destinado a servir de modelo y de referencia al de los miembros de esa sociedad.

La designación de *humanidades*, que en el Renacimiento tuvo carácter limitativo, adquiere ahora sentido amplísimo. El *nuevo humanismo* exalta la cultura clásica, no como adorno artístico, sino como base de la formación intelectual y moral. Anunciada por laboriosos como Gesner y Reiske, la moderna concepción de las humanidades, la definitiva interpretación crítica de la Antigüedad aparece con Winckelmann y Lessing, dos hombres comparables con los antiguos y con los del Renacimiento por la fertilidad de su espíritu, por la universalidad de sus ideas, por la viveza juvenil de sus entusiasmos, en suma, por el sentido de *humanidad* de su acción intelectual. (Henríquez Ureña 1984a, 256)

Es importante subrayar ahora que una característica ineludible del humanismo que emerge en México es el énfasis que pone en su novedad. La “novedad” es pues este giro moral dado a los estudios clásicos o, en general, a los estudios literarios o más aún, a los estudios de alto nivel y que coincide con la novedad que significan los es-

tudios universitarios en México destinada a formar un sujeto completamente nuevo, moralmente distinto y superior al resto, y que tienen como fuentes a pesadores como Arnold, Gesner, Reiske, Lessing y Winckelmann.

La idea es retomada el mismo año por Pedro Henríquez Ureña, en su tesis sobre la Universidad. En ella afirma, como una conclusión a las ideas desarrolladas en la cultura de las humanidades que:

La alta cultura no es un lujo: los pocos que plenamente la alcanzan son los guardianes del conocimiento; sólo ellos poseen el laborioso y sutil secreto de la perfección en el saber. Sólo ellos, maestros de maestros, saben dar normas ciertas y nociones seguras a los demás; a los profesionales, a los hombres de acción superior, a los guías de la juventud. Sin los maestros dueños de alta cultura, no tendría un país buenos hombres de profesión ni de enseñanza; vegetarían sus empresas, sus construcciones, sus leyes, sus escuelas. Las escuelas elementales son imperiosa necesidad social; pero no pueden prosperar si no son la base de una pirámide cuya cima es la universidad. (Henríquez Ureña 1984a; Henríquez Ureña 2010, 101).

La función principal del universitario es la de ser maestro de maestros. Pedagogo del resto de los hombres. Guía moral para sus contemporáneos cuyo modelo para Henríquez Ureña es Otfried Müller –arqueólogo y estudioso alemán del mundo clásico– del que dice “es el mejor ejemplo de los dones que ha de poseer el *humanista*: la acendrada erudición no se encoge en la nota escueta y el árido cometario, sino que, iluminada por sus mismos temas luminosos, se enriquece de ideas sintéticas y de opiniones críticas, y se vuelve útil y amable para todos expresándose en estilo elocuente” (Henríquez Ureña 1984a, 257).

Conclusiones

Carlos Monsiváis considera que, “de 1906 a 1914, los ateneístas luchan por conservar, en medio de la catástrofe, el anhelo minoritario de armonía, de goce cultivado de los sentidos” (Monsiváis 1988, 1308).

Esa imagen ilustra muy bien en qué circunstancia emerge el humanismo en México. De la mano de un grupo que el propio Monsiváis califica de conservador en un contexto donde un sistema político se desmorona y el país queda hundido en un conflicto armado. Un momento político donde el proyecto universitario nacido del régimen que cae ha quedado huérfano pero que es refugio para los ateneístas que encontrarán ahí una oportunidad para resignificar su empeño como grupo y el proyecto mismo de la universidad.

El concepto de *humanismo* que aparece en México, como hemos visto ya, no llega a sustituir la denominación de algo que existe; tampoco ocurre que designe algo que ha sido trasladado de otra parte, como ocurre por ejemplo con el Bar.³ Se trata más bien de una emergencia que se produce cuando ciertas condiciones existentes permiten que un término empleado en otro horizonte cultural designe algo completamente nuevo aquí.

En el caso del humanismo, su uso fue construyendo un nuevo campo semántico al designar un sujeto, los humanistas de la nueva generación de escritores, emanados de la institución universitaria, que se ocupan de ciertos temas, concretamente el estudio de la antigüedad clásica, a través de un método: la filología, pero que deben tener la capacidad de comunicar más allá de la Universidad para ser faro moral de toda la sociedad americana.

De este modo, el concepto de *humanismo* en México si bien se nutrirá inicialmente con las ideas del humanismo inglés y alemán, como un concepto moral y cívico, tendrá connotaciones singulares pues se utilizará para caracterizar la responsabilidad social del humanista universitario en un contexto muy particular en que el proyecto universitario ha quedado a la deriva, hay una reconfiguración del régimen político y de la sociedad mexicana en su conjunto, y ese compromiso moral y cívico del humanista se acopla a un pensamiento de raíces católicas y a una acción, la de enseñar en una nación y un continente que están en plena construcción.

Con el paso del tiempo, el concepto cívico y moral de humanismo será el objeto de intensas redefiniciones y apropiaciones tanto en el campo de la Universidad y en particular de las humanidades, como en la arena política en México y en el mundo. Muchas de ellas no pueden entenderse sin tener en cuenta en qué circunstancias y de qué manera el humanismo emergió en México, que todavía determina y, de cierta forma modela nuestro concepto de *humanista*, nuestra concepción de su función y de las humanidades en su conjunto. —

Referencias

Alvarado, María de Lourdes. 2009. *La polémica en torno a la idea de universidad en el siglo XIX*, segunda edición. México: IISUE-UNAM.

³ En El bar Rubén M. Campos describe la emergencia de esos establecimientos en 1900 precisamente como un traslado de la cultura norteamericana a México (Campos 1996, 43 y ss.).

- . 2011. “‘Nacionalizar la ciencia y mexicanizar el saber’, la fundación de la Universidad Nacional de México en el marco del Centenario.” *Revista Iberoamericana de Educación Superior (RIES)* 2 (4): 87-101. <https://doi.org/10.22201/issue.20072872e.2011.4.38>
- Campos, Rubén M. 1996. *El bar*. México: UNAM.
- Caso, Antonio. 1916. *La existencia como economía y como caridad*. México: Porrúa.
- Davies, Tony. 2008. *Humanism*. Londres: Reutledge.
- Di Camillo, Ottavio. 1995. “Interpreations of the Renaissance in Spanish Histlorical Thought.” *Renaissance Quaterly* 48, no. 2 (Summer): 352-365. <https://doi.org/10.2307/2863069>
- Galindo Ulloa, Javier. 2018. “El proyecto cultural de Pedro Henríquez Ureña en México.” *Fuentes Humanísticas* 30 (57): 27-45. <https://doi.org/10.24275/uam/azc/dcsh/fh/2018v30n57/Galindo>
- Henríquez Ureña, Pedro. 1984a. “La cultura de las humanidades.” En *Estudios mexicanos*, 249-259. Ciudad de México: FCE-SEP.
- . 1984b. “Los días alciónicos.” En *Estudios Mexicanos*, 236-238. México: FCE-SEP.
- . 2010. *La universidad*. México: UNAM.
- Kay, Christian, Marc Alexander, Fraser Dallachy, Jane Roberts, Michael Samuels, and Irené Wotherspoon. 2021. *The Historical Thesaurus of English*. <https://ht.ac.uk/> Revisado el 22 de febrero, 2021.
- Krauze, Enrique. 1976. *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*. México: Siglo XXI Editores.
- Lucas Saorín, José Luis. 1998. “Repensar la relación Winckelmann-Lessing.” Conferencia presentada en el 1^{er} Congreso Iberoamericano de Filosofía Instituto de Filosofía del CSIC, Cáceres-Madrid, 21 a 26 de septiembre de 1998. https://www.researchgate.net/publication/278063902_REPENSAR_LA_RELACION_WINCKELMANN-LESSING Revisado el 22 de febrero, 2021.
- Monsiváis, Carlos. 1988. “Notas sobre la cultura en México en el siglo xx.” En *Historia General de México*, 1375-1548. México: Colegio de México.
- Mora, Luis. 1887. *Obras sueltas*. París: Librería de Rosa.
- Real Academia Española. 1995. *Nuevo tesoro lexicográfico de la Lengua Española*. <http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtlle> Revisado el 22 de febrero, 2021.
- Reyes, Alfonso, y Pedro Henríquez Ureña. 1986. *Correspondencia I, 1907-1914*, editado por José Luis Martínez. México: FCE.
- Ruskin, John. 1872. *Fors Clavigera. Letters to the Workmen and Labourers of Great Britain*. New York: Jonh Wiley and Sons.
- Sánchez Santiró, Ernesto. 2008. “Nación, república y federalismo: la transformación de la Universidad de México y su impacto en los estudios de filosofía, 1821-1854.” En *Estudios y estudiantes de filosofía. De la Facultad de Artes a la Facultad de Filosofía y Letras (1551-1929)*, coordinado por Enrique González González, 341-364. México: UNAM.
- Sandys, John Edwin. 1903. *A History of Classical Scholarship*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sierra, Justo. 1984. *Obras completas VIII*. México: UNAM.
- . 2004. *Discurso inagural de la Universidad Nacional*. México: UNAM.
- Universidad de Chicago. 1957. *Artfl Project*. <https://artfl-project.uchicago.edu/content/dictionnaires-dautrefois> Revisado el 22 de febrero, 2021.